



PRÓLOGO

EL presente libro contiene una polémica á que dió ocasión cierta frase candorosa del editor de la ya muerta revista *El Ateneo*.

Es evidente que dicho editor tenía razón sobrada para decidirse á insertar pocos versos en su periódico; pero pudo expresarse mejor, y no emplear la frase *sin desdeñar la poesía*, que escandalizó á mi amigo Campoamor, y le impulsó á escribir en contra.

A ruegos del editor culpable, salí yo á

su defensa. De aquí la serie de artículos que ahora ofrezco al público, reunidos en un volumen, y con el beneplácito de mi amenísimo colaborador y bondadoso adversario.

Todo ello debe, pues, considerarse, no como trabajo serio, sino como pura chanza. Los autores del volumen no pretenden enseñar profundas doctrinas, sino mostrar su buen humor y desenfado, ya que no su agudeza, y dar un rato de solaz y esparcimiento á quien los lea.

Entiendo, con todo, que ni en broma, ni por el prurito de decir unos cuantos chistes, es lícita la paradoja en asuntos tan elevados. En el fondo debe haber algo, por más que no sea sublime verdad, y por más que no sea ciencia ó filosofía, que esté de acuerdo con el sentido común y con el recto y sereno juicio de los hombres todos.

Cuanto digo yo de la poesía es tan claro y tan razonable, que no temo que nadie lo tergiverse. Pero en lo que digo de la metafísica, hay acaso cierta apa-

riencia de sofistería que se presta á torcidas interpretaciones. Voy á ver si en este prólogo explico mejor mi pensamiento, para descargo de mi conciencia, harto cargada de escrúpulos.

Lo que se hace por fuerza, lo indispensable, no está sujeto á tan grave censura como cuanto se hace por gala, lujo ó bazarria. Bien ó mal, todos tenemos que andar, pero no se nos exige que bailemos: todos, para comunicar nuestros pensamientos, tenemos que hablar en prosa, pero no se requiere que componamos versos. Resulta, pues, que debemos ser indulgentes y compasivos con el andar de los cojos, estevados y patizambos, y con el hablar de los tartamudos y gangosos, y debemos ser muy severos con los que bailan y cantan.

En las artes y en los oficios se aplica la misma regla de crítica. Tenemos que comer cocido y guisado; tenemos que cubrir con ropa la desnudez de nuestras carnes: y aunque convendría que los cocineros, sastres y tejedores no carecie-

sen de habilidad, al cabo es menester resignarse con lo que haya, aunque sea malo, y no refunfuñar mucho. Pero como leer libros de poesías no es necesario, ó casi no es necesario, y lo es el guiso, y lo es el traje, me parece que bien se puede exigir que la poesía sea buena, ó que no sea. En este sentido estoy por sostener que, si pecó el editor de *El Ateneo*, fué por lenidad. En vez de decir *sin desdeñar la poesía*, debió decir *desdeñándola*: huyendo de ella como de la peste, y huyendo de todo poeta malo á quien los dioses mueven á escribir versos, en castigo de que quizás, según Horacio sospecha, *minxerit in patrios cineres*, ó cometiese alguna otra barrabasada.

Lo más singular es que Campoamor, que halla indispensable la poesía, la crea tan rara y tanto nos la escatime, que apenas conceda al mundo un buen poeta cada mil años.

En fin, sobre todo esto, va dicho en nuestra polémica cuanto hay que decir. Nadie se equivocará. Todos entenderán

bien en el sentido laudatorio en que digo yo que es inútil la poesía.

La metafísica ha venido á ingerirse en nuestra polémica. Y yo también he tenido el atrevimiento de declararla inútil: esto es, lujosa, aristocrática, superior á toda utilidad.

Juzgo que importa hacer aquí varios distingos y explicaciones.

Cuanto, desde su origen, hizo, hace y hará la humanidad (leyes, ciudades, imperios, agricultura, industria, comercio), todo, en suma, con tal de que éntre por algo en ello la mente, presupone cierta metafísica espontánea, precientífica y punto menos que innata ó congénita en nuestro ser. Pero no es esta metafísica la que califico yo de inútil ó de puro lujo: ni es siquiera, en realidad, lo que sólo debiera llamarse metafísica.

Un ejemplo concreto aclarará mejor mi idea. Es casi seguro que Homero, Hesiodo y Herodoto escribieron en verso y en prosa antes de que se compusiesen gramáticas, y menos aún artes de

versificación y Tratados de retórica, poética y estética. Si dichos autores fueron gramáticos, estéticos y retóricos, lo fueron por instinto semidivino y sin caer en ello. De esta suerte no hay hombre que no sea metafísico también. Cualquiera operación humana, cualquiera experiencia, cualquiera observación, es imposible sin que se funde en leyes, teorías y axiomas que previamente están en nuestro espíritu.

Al principio se hacen las cosas sin arte. Salen bien cuando Dios quiere y porque Dios quiere. Los primeros inventos y artefactos fueron todos así: por revelación natural ó sobrenatural. Casi nada se explica de otro modo, empezando por el origen del lenguaje. Ya, más tarde, acude la reflexión: considera el hombre lo que ha hecho, lo que ha inventado ó lo que ha observado, y saca y compone las reglas para hacerse cargo de cómo lo hizo, lo inventó ó lo observó, y para observarlo, inventarlo y hacerlo mejor, y con más prontitud y tino,

en lo futuro. Así nace el arte; cuando ya, sin él, se han hecho infinidad de cosas.

Mucho más tarde todavía, cuando, primero sin arte, y con arte después, los hombres han observado, experimentado, fabricado y condimentado lo que más necesitan, algunos, por superior sutileza de ingenio, y también por mayor desahogo y porque no se ven en la necesidad de emplearse en menesteres serviles para atender á su material sustento, se paran á recapacitar, no sólo sobre sus experiencias, observaciones y obras, sino sobre el arte que emplearon en hacerlas y sobre los fundamentos ó motivos que tuvieron para reducir á reglas ó preceptos el arte. Así nace la metafísica verdadera, ó sea científica: esto es, la base racional de las artes; la ciencia de las ciencias; lo que cambia ó propende á cambiar en convicción la fe, y lo conocido en comprendido; lo que no se contenta con saber el cómo, sino que anhela conocer el porqué, y lo que no se allana á dar

crédito como no halle ó no se le dé certidumbre.

Infiérese de aquí que la metafísica—ciencia—es lo último que aparece. Hay pueblos, así como individuos, que logran hacerse ricos, que adquieren poder y gloria, que inventan mil primores, que descubren muchos secretos de naturaleza, que alcanzan en su cultura un alto grado de refinamiento, que se hacen amar y respetar, y que se imponen leyes sabias, ajustando á ellas la vida, y no llegan á metafisiquear nunca.

La religión, ó sea la metafísica irreflexiva, inspirada ó revelada, es la guía de tanto progreso, y el cimiento para tantas y tan provechosas invenciones. Y aun ocurre que, hasta cuando sobreviene la duda ó resueltamente se niega el valor divino de la enseñanza religiosa, los hombres, por hábito inveterado y por dichosa rutina, siguen guiándose por los principios que esa religión, en que ya no creen, ha grabado en sus almas. Así, aunque se separe de la fuerza motriz,

sigue funcionando una máquina por virtud del impulso recibido. Así en el vaso, donde hubo y no hay ya bálsamo, rico vino ú otro licor generoso, queda por largo tiempo el saludable aroma.

No se infiere de explicar por este medio las civilizaciones, que las civilizaciones se hayan hecho á saltos. La revelación ó la inspiración es lenta y progresiva, como lo que reflexionando se descubre. Además que lo revelado ó inspirado es lo fundamental, de donde el entendimiento saca con pausa y dialécticamente consecuencias en abundancia.

Dios, el Alma suprema, la Idea, la Razón impersonal, el Entendimiento agente, lo Absoluto, el Paramatma, lo que quiera que sea y como quiera que se entienda y se llame, conforme á cada doctrina filosófica ó religiosa, se ha ido revelando paulatina y gradualmente, según la aptitud y capacidad de los hombres para recibir y comprender la revelación. En el significado más lato, lo que se revela precede siempre á lo que se averigua y demues-

tra. La fe sirve siempre de guía al entendimiento, y camina delante de él, y no le lleva á nuevas verdades hasta que, después de comprender las que ya le manifestó de antiguo, le halla capaz de aceptarlas. Toda religión testifica que es así. En la cristiana, por ejemplo, sobre lo revelado por los Patriarcas, viene lo revelado por Moisés; sobre la revelación de Moisés, la de los Profetas; y si Cristo acrecienta la revelación, no la hace toda, sino que envía á su Espíritu más tarde, y aun el mismo Cristo queda en su Iglesia y sigue revelando hasta la consumación de los siglos.

Y aunque para los incrédulos no valga esta revelación externa, no podrá menos de valer la revelación íntima que se realiza en el centro del alma humana, sin que nos incumba resolver aquí si natural ó si sobrenaturalmente. Ello es que sin esta revelación, sin algo que intuitivamente percibimos y aceptamos por fe, ni hay cultura posible, ni ciencias experimentales y de observación, ni moral,

ni política, ni leyes, ni sociedad con orden.

Pero este saber ó creer intuitivo, que está en lo profundo de nuestro ser, y que la luz que allí hay ó que allí penetra desde altísimo é ignorado foco ilumina más y con mayor amplitud cada día, no es aún la ciencia metafísica.

La metafísica es ó debe ser, digámoslo así, una ciencia ulterior, cabal y entera.

Supongamos toda la ciencia de observación acumulada hasta hoy, y reunida y ordenada en conjunto armónico, por compendiosa Enciclopedia. ¿Qué sería esta ciencia? No sería la realidad, sino el concepto que formamos de las apariencias, no de la substancia de las cosas, la cual no sabemos lo que es, y sólo sabemos de algunas de sus cualidades, que llegan á nuestra noticia por los sentidos. Además, este incompletísimo concepto del mundo se ajusta como en un molde en la forma de nuestro entendimiento y nos hace recelar que otro entendimiento de otro ser, distinto del ser humano,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

puede tener otra forma, y producir en ella muy distinto concepto también, y otra ciencia no menos verdadera que la nuestra, pero también incompleta. El afán, pues, de la metafísica será hallar la demostración de lo que por fe hemos aceptado, descubrir la ciencia una y toda, no dejar duda sobre la realidad de lo que hemos recibido por sensación, y no dejar duda tampoco sobre que la forma que le damos recibéndolo, el elemento subjetivo, tenga un valer universal, absoluto; ó dígase que no haya ni pueda haber entendimiento, creado ni increado, que no entienda exactamente como el nuestro, siquiera hasta donde nosotros entendemos.

Tal es la aspiración de la metafísica. Yo no quiero poner límites á lo posible. Acaso se logre la aspiración dentro de miles de años. Por ahora no se ha logrado. ¿Dónde está, pues, la utilidad de una ciencia, deseada y no lograda? Como no sea la de ejercitar y aguzar el entendimiento; como no sea á modo de gimnás-

tica, no hallo otra utilidad á la metafísica. Pero esto no es matarla. La aspiración á ella es inmortal, es divina, y cada vez, desde Parménides hasta Hegel, va dando más alta muestra de sí y creando sistemas maravillosos por la potencia intelectual, por el sublime vuelo del alma que anhela levantarse á un punto desde donde pueda otearlo, abarcarlo y explicarlo todo.

Entretanto, la metafísica nos llena de dudas y de confusiones, que por dicha no suelen traspasar la esfera de la pura especulación, y se desechan cuando descendemos al terreno práctico y útil de la vida diaria y pedestre.

Los átomos que componen el Universo, ¿son en número infinito ó finito? Por un lado se me demuestra que no puede haber número infinito actual. Algo puede añadirse al número de átomos, por grande que sea. Y por otra parte, bástame suponer este nuevo número de átomos, para darlos por existentes, y así hasta lo infinito. De donde la misma de-

mostración de que no hay número actual infinito me prueba que le hay, y que es infinito el Universo. Y como al concebirle infinito no cabe concebirle tal por agregación y suma de cierta cantidad de cosas de un género y de cierta cantidad de cosas de otro, tengo que figurármelo todo idéntico y uno; apartar de ello los fenómenos, las formas varias, y concebir la materia prima ó la substancia única. Pero sin forma, la materia ó la substancia es nada ó es casi nada: es sólo potencia ó raíz de ser, mientras en ella no se pone la forma. ¿Y qué es la forma? ¿Y qué es la fuerza que da la forma ó la trueca, y es causa del movimiento, y de que las cosas muden, y de que salga del uno el otro, y de que el uno no se quede inmóvil y siempre uno? Por más que cavilo, no veo cómo concebir ni la forma, ni la fuerza, sino como cualidades del ser. ¿Y qué es el ser? Si sólo es esa materia prima de que hemos hablado, hecha abstracción de su fuerza y de su forma, equivale á la nada. Pero ¿cómo de la nada sale algo?

¿Cómo en la nada, que no es nada, obra la fuerza y se pone la forma? Si es otro ser quien presta á la materia forma y fuerza, este otro ser lo es todo, y nada queda fuera de él, sino una mera posibilidad imaginaria, donde la fuerza y la forma nos aparecen. Lo que existe, ¿existe y existirá siempre, ó tuvo principio? Se niega la creación primera, porque no se concibe que salga de la nada algo; pero si se afirma cualquier progreso ó desarrollo, se afirma un perpetuo salir algo de la nada, ya que todo lo que se añade á lo que había es nueva creación, ó no se añade, sino que se muestra á nuestros ojos y nos hace imaginar que es nuevo, no siéndolo. Tan incomprendible es que de la nada salga el ser, como que del ser indistinto y uno broten los seres varios, como que nazca de lo que no tiene vida la vida, y de lo que no tiene conciencia, la conciencia.

El progreso de las cosas, el desenvolvimiento de los seres, su marcha hacia un fin de perfección más ó menos asequi-

ble, ¿es, pues, sólo relativa verdad para nosotros, que todo lo vemos en sucesión de tiempo y de espacio, y no acertamos á verlo de otra manera? Si hay alguien que lo crea todo, lo conserva y lo dirige, ¿cómo explicarse que vaya mejorando lo creado, aumentándolo y magnificándolo, sin mejorar, aumentar y magnificar Él mismo su ser, aunque no sea más que porque convierte en acto, en un momento dado, algo de lo que en Él estaba antes en potencia; y, al actuar su potencia, se diría que á sí mismo se añade algo que antes no tenía? ¿Y de dónde saca este algo, cuando Él es infinito y todo está en Él?

Bien se ve que hay un cúmulo de contradicciones, dudas ó antinomias como las que dejo apuntadas, y como otras que sería cuento de nunca acabar el ir apuntando aquí. Para crear la metafísica es menester resolverlas todas, y no de cualquier modo, sino con método y concierto, componiendo con la exposición y resolución de todas ellas un sistema, rico

de unidad y de armonía, y que convenza además.

Yo, por mi parte, declaro que he leído muchos de estos sistemas, y que he hallado algunos que me encantan y me maravillan; pero ninguno me convence. Por eso me parece la metafísica ciencia inútil y de puro lujo, si bien aquí se suscita también otra contradicción. En nuestra mano está desechar cualquiera otro lujo, achicándonos para hacer economías; pero el de la metafísica, una vez adoptado, jamás puede desecharse. Los que afirman que le desechan, los que reniegan de la metafísica, los positivistas, los materialistas y los agnósticos, construyen, sin querer, una metafísica más ó menos burda. Les sucede lo que se cuenta que sucedía al poeta latino que juraba y prometía á su padre no componer más versos, y ponía en versos malos el juramento y la promesa.

Ahora se nota por todas partes una propensión, manifiesta en libros ingeniosos, escritos en diversos idiomas, á re-

conciliar la ciencia experimental con la metafísica, y hasta á fundar la metafísica en la experiencia. Es, á mi ver, como si alguien pensase que iba á trasegar á una tinaja todo el agua del mar, á fin de dejarle en seco, y ver y estudiar con facilidad lo que hay en el fondo.

La metafísica, no obstante, espero yo que ha de progresar, mas no porque progresen las ciencias experimentales, sino por el natural crecimiento y progreso en todo de la razón humana.

Y lo que más ha de estorbar y estorba ese progreso, es la supuesta utilidad de la metafísica: que se construya para servir de base á la moral, á la política y á otros negocios que nos interesen. Como cada metafísico tendrá ya su moral, sus intereses, su política, etc., nos expondremos á que haga metafísica adecuada para sostener lo que le conviene, como artífice que, hecho ya el santo, le fabrica á propósito su peana.

Por lo pronto, hartó me duele decirlo, no hay metafísica que Campoamor ó yo

consideremos verdadera. ¿Cómo, pues, hemos de considerarla útil? La aspiración no negaremos que lo sea; en primer lugar, porque pone en ejercicio nuestras más elevadas facultades, y en segundo lugar, porque tal vez se logre á fuerza de cavilar y de trabajar.

Entonces sí que será útil la metafísica: pero ¿cuándo llegará ese entonces? Aún estamos lejos de él. Las inefables verdades de la metafísica no caben hoy en la mente de la generalidad de los hombres, ni pueden transmitirse por medio de los imperfectos idiomas, dado que haya quien las posea.

Se cuenta que la señora Blavastski ha tropezado en el Tibet y en la India con ciertos anacoretas, llamados *Mahatmas*, grandes metafísicos, y que por lo tanto gobiernan la naturaleza y hacen cuanto quieren; pero se callan su ciencia y no la comunican, porque el género humano no se halla aún preparado para recibirla. A la misma señora Blavastski la han iniciado un poquito, y nada más.

La novelista inglesa María Corelli refiere algo análogo en su obra, titulada *Ardath*. Hay congregaciones de sabios, ó magos caldeos, que viven en el Cáucaso, en Mesopotamia y en otros puntos remotos, y que cultivan la ciencia desde hace miles de años (desde cinco ó seis mil antes de Cristo), por métodos más seguros y menos rastreros que los nuestros. Saben, pues, mucho más que nosotros, y tienen su metafísica; pero la esconden y la guardan para mejor ocasión, como los *Mahatmas*.

De estas congregaciones de sabios, de uno de estos conventos, salieron Melchor, Gaspar y Baltasar, y, siguiendo una estrella, vinieron á Belén á adorar al Niño Jesús.

En fin, á mí me hechiza todo lo estupendo. Me inclino á creer en el prodigio. Para esos magos y esos *mahatmas*, quiero conceder que hay metafísica útil y verdadera: pero sigue en situación esotérica para el vulgo de los mortales. Y como yo me cuento en ese número, á

par que ensalzo la metafísica, creo que no nos da utilidad hasta lo presente. Es como si fuésemos accionistas en una empresa, en la cual no hay aún, ni habrá en mucho tiempo, más dividendos que gastos y esperanzas.

Si miro el asunto bajo otros aspectos, siempre vengo á parar en la misma conclusión. El valor de las acciones de la metafísica no sube. Las esperanzas se alejan. Y bien importa andar sobre aviso con las tales esperanzas, porque, si pueden equipararse á las que dió Cristo en el *Sermón de la Montaña*, también se equiparan á las que dió la serpiente á Eva; ser como Dios.

Sin apelar á los *mahatmas*, ni á los magos caldeos, ni á los teósofos heterodoxos, los místicos ortodoxos y católicos muestran esa ambiciosa aspiración en su doctrina, y acaso dejan presumir que pudo alguien realizarla, en cierto grado, durante su vida mortal. Toda la doctrina se cifra en estos tres puntos: "Quién soy yo. Quién es Dios. Cómo

BIBLIOTECA DE BUENOS AIRES
"ALFONSO REYES"
1906. 1825 MONTERREY, MEXICO

Dios y yo vendremos á ser una misma cosa.,,

Si alguien alcanza esto, ese obtiene plenitud de sabiduría y tal colmo de soberano bien, que lo profanaríamos y humillaríamos llamándolo útil; pero no obtiene ni posee la metafísica. Su sabiduría es infusa y no es transmisible. No la conquistan el largo estudio, los silogismos, el pertinaz esfuerzo dialéctico. El alma se apodera de ella por la potencia avasalladora de la fe, por el fervor de la caridad, por el arrebató, por el éxtasis, por el vuelo impetuoso del amor divino.

Lo que es por el discurso, tarde ó nunca llegaremos á una metafísica en que el espíritu se aquiete. Sería necesario para ello construir la ciencia de las ciencias, saber del ser como es, no como aparece; examinar las condiciones que legitiman la experiencia; criticar los medios de conocer y justificarlos, y hallar el punto donde convergen y se unen el yo y el no yo, el sujeto y el objeto, la realidad y la idea. En este punto, sin duda, se

identifican la lógica y la metafísica, y cuanto existe y puede existir, cabe, entra y se desenvuelve en el amplio seno del pensamiento, cuya expresión racional es simiente de mundos y cuyas leyes y las de naturaleza son las mismas.

Prescindo de que esto sea ó no posible en lo venidero. Sólo afirmo que hoy no se da, sino como conato, metafísica semejante. Y, sin embargo, el estro que agujonea y agita nuestros espíritus, y los impele en pos de ella, no se embotará ni perderá jamás su energía.

J. V.

